El Reloj

Alejandro Olguin Celis

Capítulo 1

El Reloj
El maestro Pedro ordenaba una y otra vez las cosas en su taller, la verdad que ya no había nada que ordenar, pero este maestro y gasfíter de oficio de toda la vida vivía el día a día como muchos en la década de los ’90 en una comuna de esfuerzo del sector Poniente de Santiago, y es que las reglas eran claras, si no le salía un trabajito sus esposa y 3 hijos no comían. Así de simple, así de real.
Su esposa le daba animo para que saliera a buscar cualquier “pololito”, como se le conocía en ese tiempo, con algún conocido o para ayudar en algo, aunque sea por poca plata, total ella se las arreglaría para parar la olla como fuera, pero él solo miraba por la ventana esperando que alguna llamada lo hiciera tomar su bolso con herramientas y con esas ganas que solo un maestro conoce salir a ganarse unas luquitas, como él decía.
Lamentablemente esa tarde no pasó nada, esa once familiar fue más pobre que otras veces, el té medio aguado, el poco pan algo duro que había se repartió entre todos, menos él ya que su orgullo no le permitió comer nada salvo esa taza de té. No tengo hambre, dijo serio mirando su taza. Esa noche no se atrevió a mirar a sus hijos a los ojos, con la cabeza agacha les dijo buenas noches mientras de reojo miraba ese bolso con herramientas deseando que al otro día saliera algo, pero antes de seguir mascando la rabia sonó el teléfono, sin embargo no se hizo ilusiones ya que a esa hora generalmente llamaban a su esposa para saber cómo estaban, pero ella lo mira con cara de entusiasmo al contestar y le dice “Pedro!, preguntan por ti!”, tembloroso tomó el teléfono y respondió pero esta vez con la frente en alto, para luego anotar en su libreta una dirección y al colgar al teléfono mirar a su a su esposa a los ojos y con voz firme decirle “mañana temprano tengo que ir a instalar un calefont y reparar unas llaves!”. ¡Sus ojos se humedecieron!, le dio un beso a su esposa, miró a sus hijos mientras dormían y se prometió que mañana llegaría con algo rico para la once.
Al día siguiente salió mas temprano que lo necesario, a penas si tomó una taza de té y en el bolso su señora le guardó lo que encontró por ahí para que comiera algo ya que sabía que el trabajo sería para todo el día. Amarró bien firme su bolso en su bicicleta y partió con pedaleo seguro a esta pega que sabía le podría incluso salvar la semana. Al llegar allá el dueño de casa le explicó el trabajo y se puso manos a la obra, ya que había que hacer bastantes cosas. El maestro Pedro, viejo zorro a estas alturas, tenía clarito que debía hacer, simplemente puso su radio a pilas para acompañar su faena y sin darse cuenta se pasó la mañana. Hizo una pausa para comer algo y por suerte el dueño de casa le ofreció un sándwich y un baso de jugo que aceptó gustoso mientras le preguntaba si él también podría arreglar el piso de la entrada ya que había que emparejar con cemento, ¡los ojos del maestro Pedro brillaron en el acto!, por su puesto! respondió enseguida, terminando aquí sigo con eso. ¡Comenzó a trabajar con más ganas!

Siguió en lo suyo a tranco firme, concentrado en terminar lo antes posible ya que en su cabeza no había otra meta que llegar con plata para ir a comprar mercadería para la semana, y quien sabe, tal vez incluso le alcanzaría para pagar la deuda del negocio de la esquina donde pedían fiado cuando la cosa se ponía difícil. Paso la tarde, se paró adolorido y enderezo la espalda mientras miraba su trabajo realizado. Comenzó a guardar sus herramientas y a dejar todo limpio, tal como le enseñó su padre desde muy niño. En su cabeza hace rato que había sacado la cuenta de cuanto cobrar, y por supuesto que se tiraría un poquito mas alto ya que lo típico es que le pidieran rebaja. El dueño de casa salió y reviso detenidamente todo el trabajo realizado, y don Pedro atento a cualquier detalle que pudiera decirle, pero la cara del dueño de casa lo decía todo, el trabajo quedó impecable. Don Pedro solo estaba esperando la pregunta de oro, esa que dice "*Ya maestro, ¿cuánto le debo?*", pero nada de eso, el dueño de casa lo miró con tranquilidad y le dice "*Maestro, no tengo para pagarle ahora, pero venga a fin de mes y ahí arreglamos*". Don Pedro se quedó sin palabras, y la verdad que no fue necesario, su cara lo dijo todo. El dueño de casa se llenó de motivos sin sentido para él, pero para no llegar sin nada le dice "*¿pero no tiene algo que me adelante por último?, como para no irme sin nada a mi casa!*", pero el dueño de casa lo sepulto sin contemplación "*no maestro, no tenga para pasarle ahora, disculpe*". Don Pedro no pudo con la situación, cabeza gacha y mascando la rabia tomó sus cosas y pedaleo sin ganas a su casa, las lágrimas de rabia se disimulaban con el frio viento que le daba de frente en su cansado rostro. No tenia idea como le explicaría a su esposa que llegaría sin un peso después de todo un día de trabajo. Llegó a su casa y su familia lo esperaba con la cara llena de alegria, los hijos se le fueron encima y la esposa no tuvo necesidad de preguntar como le fue, su cara lo decía todo, simplemente le dijo "¿Qué te pasó Pedro?", el bajó la mirada y le contó lo ocurrido…no alcanzó a contarle la historia completa cuando ella estalló en un solo grito "*PERO QUE SE CREE ESTE VIEJO DE MIERDA!! Y TU POR QUE LE AGUANTAS QUE NO TE PAGUE!!*. Lo de la esposa fue aun peor que la rabia que había pasado, pero antes de que pudiera responder nada ella disparó de inmediato "*Ahora mismo me llevas donde este viejo, esto no se va a quedar así, ¡que se ha creído!*". Acto seguido le encargó a una vecina que por favor le cuidara sus hijos y prácticamente de una oreja se lo llevó donde aquel que no había querido pagar.
Al llegar allá parecía que no había nadie en casa, pero ella no se cansó de gritar una y otra vez el típico "*ALOOO*" hasta que una luz se encendió y salió este personaje que, al ver al maestro Pedro y a su esposa, no tuvo necesidad de preguntar que necesitaban pues ya sabía que lo que vendría. Ella, mujer de esfuerzo, mujer brava por naturaleza respiró hondo y con voz firme le dijo "*buenas noches, soy la esposa del maestro. El me contó que hizo el trabajo que usted le pidió y que al terminar le dijo que no tenia para pagar, ¿cómo puede ser eso posible?, ¿para qué lo llama y lo hace trabajar todo el día si no tiene para pagar?, ¿acaso no se le ocurre que el tiene familia igual que usted? ¡De aquí no me muevo hasta que usted le pague hasta el ultimo peso a mi esposo!"*. El dueño de casa no

tuvo oportunidad de dar escusas, simplemente se disculpó por lo ocurrido y le dijo "*Señora, mil disculpas, pero quiero que sepa que yo le voy a pagar su esposo sin falta a fin de mes, queda poco mas de una semana para eso y le prometo que personalmente voy a su casa a pagarle*", pero la mirada de mujer brava no cambiaba, así que antes que le respondiera algo le dijo nuevamente "*Mire, para que no desconfíe de mi palabra le voy pasar mi reloj, y cuando le pague la plata usted me lo devuelve, este reloj le aseguro que vale más que la deuda*". La esposa tomó el reloj, lo miró fijamente a los ojos y le dijo "*Tiene hasta el fin de semana para pagarle a mi esposo, si no yo misma voy a ir a empeñar este reloj o lo vendo en lo que den, ¿le quedó claro? Bien, buenas noches*".
Se fueron camino a casa con menos rabia que antes, pero con la misma decepción que con la que llegaron ahí, de cualquier forma, no había para comer. Al llegar a casa la vecina se había enterado de lo ocurrido, la hija mayor le había contado todo a la vecina, quien no dudo en traer cosas de su casa y darles once a los 3 hijos, incluso había para ellos. No sabían como agradecerle a la vecina, pero ella no lo dudo "*No se preocupe vecina, tenemos que apoyarnos en tiempos difíciles*". Ya mas tranquilos reviso con más detención el reloj que estaba en calidad de prenda y le consultó a la vecina si sabe cuánto podría costar, no tenia intenciones de venderlo, pero si quería estar segura que seria motivo para que el dueño viniera por el y les pagara. La vecina llamo a su esposo y este ultimo lo miro con detención y le dijo "*pero vecina, este es un reloj caro, de seguro este señor vendrá a recuperarlo y le pagará su plata a don Pedro*". Esto la tranquilizo en parte.
Pasaron los días y por suerte a don Pedro le salieron algunos trabajitos, no tan grandes como el que le debían, pero si sirvió para ir pasando el día a día. Incluso se dio maña para salir a la calle y ver si había alguna peguita entre conocidos y justamente le salieron varios trabajos, tanto así que se habían olvidado del reloj y su plata. Don Pedro se acordó del tema y le dice a su esposa "*Chola, ya paso fin de mes y este caballero no me ha llamado ni ha venido por el reloj para pagarme la plata, ¿lo voy a empeñar no más?*", ella lo pensó un momento y le dijo "*mejor guardémoslo, si nos falta lo vamos a vender, no sea cosa que te den poca plata y al final no ganemos casi nada*".
Pasaron los meses, pasaron los años y el tema ya se había olvidado por completo. El reloj estuvo guardado en un velador entremedio de otros cachureos que llegan siempre ahí. Un día una de sus hijas ordenando encontró el reloj y notó que su papa andaba siempre sin reloj y preguntando la hora, así que no dudo en pasárselo y don Pedro, que ni se acordaba del reloj, lo comenzó a usar. El reloj era bonito, hay que decirlo, llamaba la atencion. Lo usó por largos años como algo que se ganó en compensación por un trabajo entregado y recibido conforme, como él siempre decía. Incluso muchas veces le preguntaron si lo vendía, pero el prefirió quedárselo.
Sus hijos crecieron, se hicieron adultos, sus 2 hijas comenzaron a traer pololos y de a poco este matrimonio comenzó a entender que estaba llegando el momento en que sus hijos comenzarían a hacer su propia vida.

La mayor de sus hijas tenía un pololeo estable, ambos tenían un buen trabajo y de a poco comenzó a salir el tema de irse a vivir juntos, pero la madre tenia sus principios y fue clara con el pololo, a quien si bien quería mucho no iba transar con sus principios y valores. Con voz calmada pero segura le dijo "*Si usted se quiere llevar a mi hija, se la lleva casada, o al menos comprometida".* El pololo no lo dudo un instante, así que un día se armó de valor y en una once familiar espero el momento adecuado para quedarse a solas con don Pedro. Compartieron unas copas de vino, hablaron de la vida y de lo que vendría en el futuro, y fue ahí cuando le dio un trago largo para dejar la copa vacía y le dijo a don Pedro "*Sabe don Pedro, yo amo a su hija, y quiero formar un hogar con ella, pero lo quiero hacer bien, yo quiero comprometerme con ella. ¿Usted estaría de acuerdo?*" Don Pedro sonrió en silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas, era su hija regalona, su niñita hermosa, pero el joven esperaba su respuesta así que don Pedro llenó nuevamente ambas copas, puso la mano en el hombro de su yerno y le dijo "*Salud hijo, por ti y por mi hija que sean muy felices*" para acto seguido chocar las copas y derramar algo de vino en las manos de ambos, cada uno dio un trago para luego sellar todo con un abrazo. Ya estaba arreglado, de ahora en adelante su hija estaba de novia.
La celebración de la postura de argollas fue algo íntimo, solo las 2 familias unidas para celebrar que sus hijos mayores se pondrían las argollas de compromiso. Hubo una hermosa cena, una linda velada, regalos y buenos deseos. En un momento en que don Pedro abraza a su yerno suelta una lagrima, le dijo "*discúlpame, pero no traje un regalo*", el yerno lo abrazo y le dijo "*pero no se preocupe suegro, no importa, lo importante es que estamos todos celebrando*", pero don Pedro no se quedaría así, sin pensarlo 2 veces se saco su reloj, lo único de valor que tenia en la vida y lo puso en la mano de su yerno "*toma, de ahora en adelante es tuyo, yo te lo regalo*"…el joven no lo podía creer, atinó a sacárselo y devolvérselo a su suegro pero el insistió "*Tu tienes que usarlo, a mi ya no me gusta y no me sirve*", él sabía que eran mentiras, pero entendió que su suegro se despojó de lo único de valor que tenía, el único bien que podía regalarle. El joven miró el resto de la noche el reloj, a pesar de que tenía el desgaste propio del tiempo y el trabajo, a pesar de que el cristal estaba trizado, fue un regalo hermoso. Lo guardó y a penas pudo lo llevó a una relojería que le recomendaron, desconfiado entró y conversó con el relojero sobre el reloj ya que quería arreglarlo, cambiarle el cristal y pulirlo, dejarlo como nuevo. El relojero no dudo en advertirle que era este era un Seiko 5 automático de origen japones, un reloj caro, y que no saldría barato el trabajo, pero eso no importó, el reloj tenia un valor sentimental muy fuerte. A los días fue a retirarlo y el trabajo fue literalmente de joyería, el reloj brillaba como en sus mejores tiempos, con temor lo puso en su muñeca y sintió el peso de la responsabilidad, el peso de la muestra de afecto y cariño que le habían dado. Nunca más saldría de su muñeca, a pesar de que más de una vez le preguntaron si estaba interesado en venderlo el nunca accedió, jamás se atrevería perderlo.

Llegaron los hijos para este joven y su ahora esposa, y don Pedro es un abuelo querendón y regalón de los niños, quien seguramente no recuerda esta historia, o si lo hace, no puede evitar emocionarse. Han pasado 20 años de aquel regalo, el joven ahora es un hombre de familia, dedicado a su esposa e hijos, pero que al mirar el reloj no puede dejar de recordar su historia, pero más importante aún, no puede dejar de imaginar quien heredará el reloj, ¿será acaso su hijo mayor?, ¿será acaso el primero que tenga la valentía de pedirle la mano de una de sus hijas?, quien sabe, lo que si es seguro que quien se haga merecedor de este reloj tendrá que saber esta historia, llevarlo en la muñeca con respeto y cariño, sabiendo que no es cualquier reloj el que esta usando, es el reloj de Don Pedro, el esposo, el padre, el abuelo….el maestro!.